

A diez años de la muerte de Gilles Deleuze

Salvador Gallardo Cabrera

Porque la escritura no es la vida, ni tampoco *como* la vida, me gusta imaginarme a Gilles Deleuze caminando por las calles de París con un hueco de ocho años. Un atado de años vacíos, fuera del calendario, atado de días blancos, días no gregorianos. Deleuze (1925-1995) publicó muy pronto su primer libro y luego, durante esos ocho años, vivió en una laguna de vacío. No por estar aislado en la concentración, sino quizás en estado de escucha admirativa, en una zona de palabras descarnadas por el viento.

Yo sé lo que hacía y cómo vivía durante aquellos años, pero lo sé en abstracto, como si otra persona me relatase unos recuerdos de los que yo no dudo, pero que no son realmente mis recuerdos.

Los escritores y los filósofos siempre señalan cierto momento significativo, un corte o una aparición, como el punto de partida de su formación. Pero Deleuze dejó de publicar durante esos años de sonambulismo; nada se sabe de sus trayectos ni si cruzó ese periodo blanco —o gris, que es blanco con el volumen bajo. Creer que al publicar de nuevo dejó atrás el vacío como si cerrase un paréntesis, es no entender nada. Si formó algo tal vez fue un movimiento, la posibilidad de moverse. Para Deleuze la filosofía es creadora; no reflexiva, contemplativa o comunicativa. La filosofía está siempre en movimiento; creando conceptos nuevos. Por ello los libros deleuzianos de historia de la filosofía desbordan el sentido canónico-académico; en ellos encontramos métodos y reglas nuevas, un tono diferente. Deleuze inventó un linaje de autores que se oponían a la tradición racionalista de la filosofía: Lucrecio, Hume, Spinoza y Nietzsche aparecen vinculados

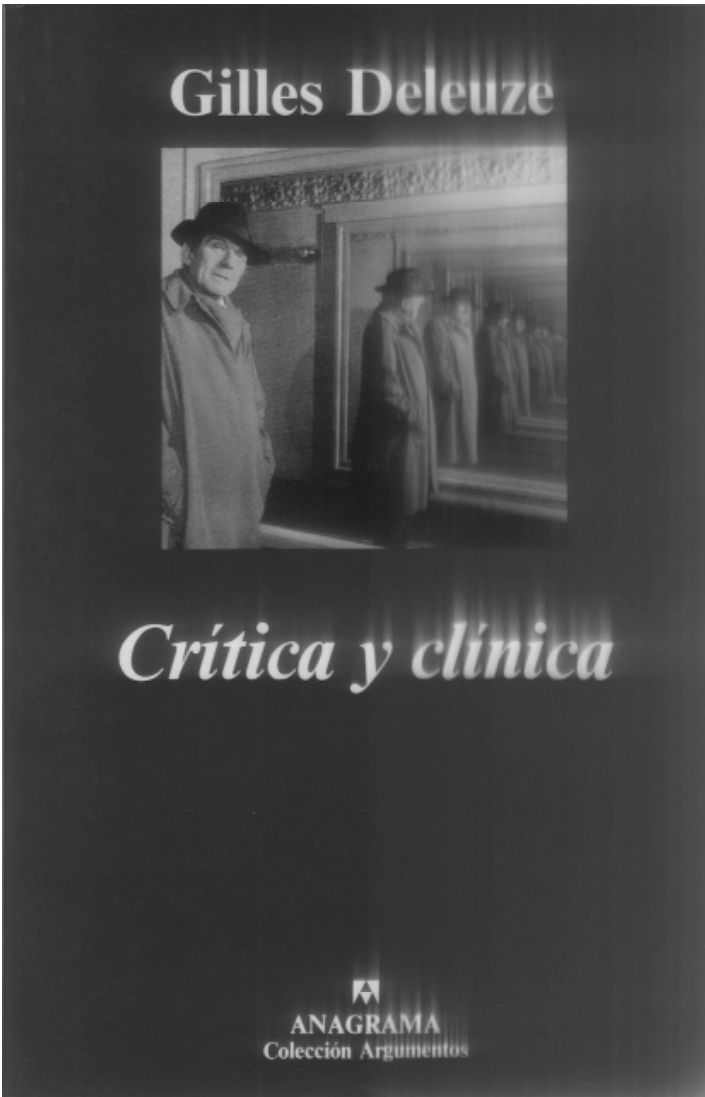
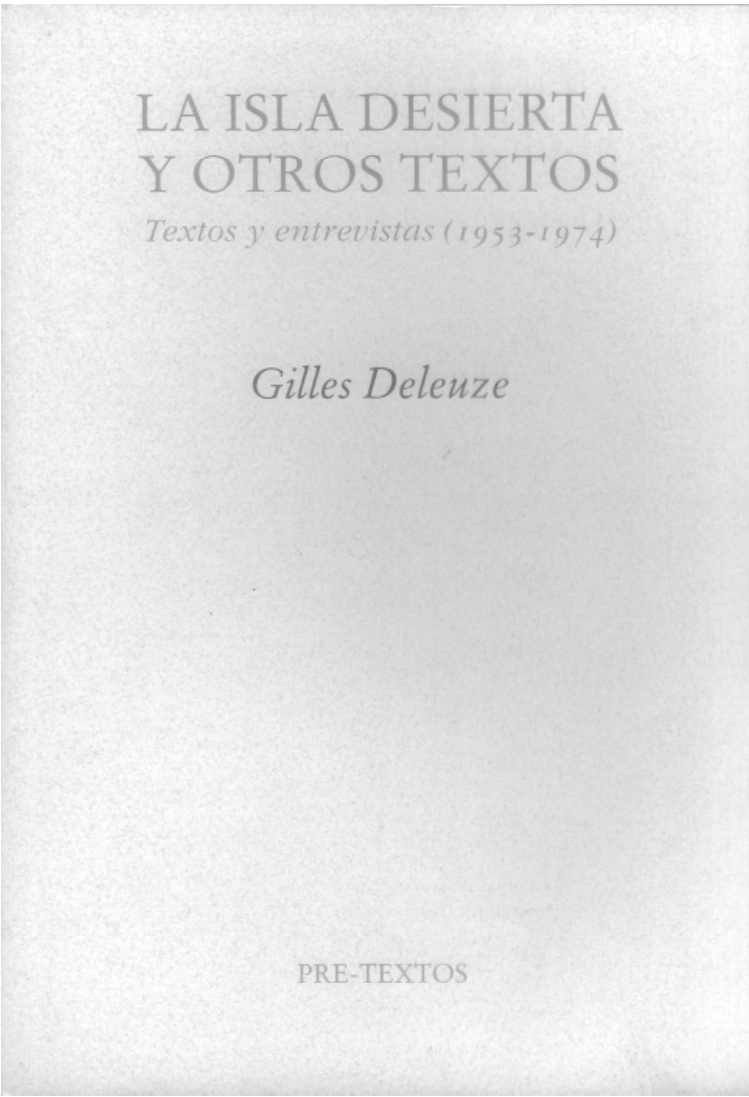
por la crítica de lo negativo, la exterioridad de las fuerzas y de las relaciones y el desprecio por la interioridad. De esas intervenciones extrajo herramientas para mostrar cómo funciona una máquina literaria, de qué líneas está atravesada, de qué afectos es capaz. Los libros desde Proust, Sacher-Masoch o Kafka, los libros de cine o pintura (Bacon), nos muestran las posibilidades de una mirada crítica que no está lastrada por la interpretación. Una mirada que renueva las obras que nos descubre.

Están luego los libros acentuadamente filosóficos: *Repetición y diferencia*, *Lógica del sentido* y, en colaboración con Félix Guattari, *El Anti-Edipo*, *Mil Mesetas* y *¿Qué es la filosofía?* Un estrato donde la aventura conceptual alcanza toda su potencia. En unas sobrias páginas de *Lógica del sentido*, Gilles Deleuze explica que el acontecimiento puro, “real sin ser empírico, ideal sin ser mental”, destituye a las esencias como dispensadoras de sentido para sustituirlas por los acontecimientos como fuentes de singularidades. El acontecimiento rompe la homogeneidad del “mundo verdadero” cuya lógica sólo manejaba fórmulas para cosas estables. Los acontecimientos, en cambio, son coextensivos al devenir, su estatuto es la indiferencia a todos los opuestos, su singularidad es pre-individual, no personal. Cuando Deleuze encuentra a Guattari la sobriedad se torna radiante: ¿Cómo crear multiplicidades y no sólo enunciarlas? ¿Qué poblaciones ocuparán el desierto de las esencias? Escribir *entre*, como lo hacen ellos, no se había practicado nunca en filosofía. Es una nueva dimensión que busca que el pensamiento se libere de su modelo; que quiebra la identidad del autor y hace brotar las multiplicidades, las líneas, los devenires. Libros contruidos como cajas de herramien-

tas: ningún significante que se muerda la cola, sólo intensidades en diversas velocidades, creciendo desde una interferencia causada por afuera, por gracia del azar.

La isla desierta..., reúne textos de Gilles Deleuze publicados entre 1953 y 1974, desde la aparición de *Empirismo y subjetividad*, su primera obra —dedicada a Hume—, hasta los debates y entrevistas que siguieron a la aparición de *El Anti-Edipo*. La edición fue preparada por David Lapoujade (quien preparó también un segundo volumen, *Dos regímenes de locos*, que recoge textos de 1975 a 1995 y que está siendo traducido). La versión castellana es de José Luis Pardo, uno de los más interesantes pensadores españoles.

En artículos, reseñas, prefacios y entrevistas es posible seguir el incremento de vitalidad en el pensamiento de Deleuze. Hay avisos de obras en proceso de construcción, como en una reseña de un libro de Jean Hyppolite, de 1954, donde se formula ya la necesidad de una ontología de la pura diferencia —aspiración con la que coincidirán Foucault, Lyotard y Derrida. Hay indicadores de paso, como los artículos dedicados a Bergson y su concepción de la diferencia, a Rousseau en tanto precursor de Kafka y de Céline, a Gilbert Simondon y su tesis sobre la génesis físico-biológica del individuo, a Kant (para mostrar cómo funciona el enemigo). También hay entronques y encrucijadas: con el horror al vacío de Roussel, con la Patafísica de Jarry y la fenomenología, con el Sartre que viene de rechazar el premio Nobel, con los primeros libros de Foucault. Hay paradas estratégicas: las conclusiones de un coloquio sobre Nietzsche que el propio Deleuze organizó en 1964 o el texto sobre cómo reconocer el estructuralismo que escribió



Para Deleuze la filosofía es creadora;
no reflexiva, contemplativa o comunicativa.
La filosofía está siempre en movimiento;
creando conceptos nuevos.

para la historia de la filosofía editada por Châtelet. Hay intervenciones que funcionan como puntos de aplicación: sobre los intelectuales y el poder, sobre la situación de los presos, el capitalismo y el deseo, el pensamiento nómada. La batería de conceptos que Deleuze y Guattari crearon para pensar las relaciones de poder —micro-política, territorialización, pared blanca / hoyo negro, máquina de guerra, etcétera—

permitió luego a Deleuze atravesar la aporía enraizada en el análisis del poder de Foucault y proponer un concepto clave; el de “sociedad de control”.

Los libros de Deleuze, y *La isla desierta...* da un bello ejemplo de ello, abrieron espacios para nuevas experimentaciones. Quizá nunca alcanzaron la soñada *pop* filosofía o el esquizoanálisis, pero crearon un poderoso vitalismo que logró constituir una

teoría de los signos y del acontecimiento y una lógica de las multiplicidades. Esas herramientas configuran una de las filosofías más ricas y complejas de nuestro tiempo. En México, como en América Latina, fueron los poetas, los escritores, los artistas quienes abrieron un horizonte de recepción para sus trabajos. Quizá porque advirtieron la enorme fuerza de vida que atraviesa esa obra. Su potencia afirmativa. **U**